



Don Cruz Los Santos, gestor de la Diputación, en la que representa a la Junta de Defensa de Rentería, cargo en el cual ha puesto de relieve su acendrado afecto por la Villa.



Don Eduardo Castro, prestigioso ingeniero de Caminos, miembro de la Junta de Defensa contra las inundaciones; principal impulsor del proyecto y hombre al que nunca debe olvidar el pueblo de Rentería.

Pégame los dos tiros

Este Federico Santo Tomás se ha vuelto terrible. No sé si es porque lo han hecho jefe de estación o porque con los años se le va poniendo el genio amargo. Pero está terrible. Y en vísperas de las fiestas de la Magdalena, más terrible todavía.

Hará cosa de un mes que me pidió tres o cuatro cuartillas para su revista. No le dije que no, pero creo que tampoco le dije que sí. Es posible que le contestase: bueno, ya veré si dispongo de un poco de tiempo para complacerte.

Vuelvo a encontrarlo, próximo ya el día de aparecer la revista. Está parado en la calle de Churruca, con un amigo de los dos. Diez metros antes de llegar a él me amenaza con el gesto de disparar una pistola, y me dice.

—Te voy a pegar dos tiros.

Me acerco, tembloroso, con las manos en alto, y le pregunto:

—¿Qué te pasa?

—Bueno, lo primero, ¿qué tal estás?

—Pues, ya lo ves—le contesto—¿cómo quieres que esté? Moribundo. ¡Con los dos tiros tuyos!...

Ya en serio, me recuerda su petición y mi promesa. Me dice que el número de RENTERÍA está para salir; que sólo espera mis cuartillas; que se las debo entregar al día siguiente; que no puedo dejar incumplida mi palabra; que cuenta ya con tales y cuales firmas y que no ha de faltar la mía. Todo esto dicho de prisa, con la velocidad que hubieran llevado las balas, en el caso de que hubiera tenido pistola, de que la hubiera disparado contra mí y de que las balas hubieran querido salir. Porque ya saben ustedes que ahora hay muchas balas que debieran salir y se quedan encasquilladas...

—¿Y de qué voy a escribir?—le pregunto nuevamente.

—De lo que quieras. Eso no lo debe preguntar un

periodista como tú. A tí no te hace falta nada más que poner la pluma sobre el papel, para que te salga lo que quieras. Lo que deseo es que no falte tu firma.

—Está bien. Mañana tendrás esas tres o cuatro cuartillas.

Me he colocado en mi mesa de trabajo. He cogido las cuartillas y la pluma. He meditado un poco. Cruzan mi pensamiento algunos motivos profundos. Pero, ¿quién se mete en profundidades cuando se trata de llenar las páginas de una publicación dedicada a las fiestas de un pueblo que quiere divertirse? Sigo meditando. No doy con un tema adecuado.

Un relámpago de inspiración cruza por el firmamento de mi mente. Hablaré de la potencia industrial de Rentería. Desisto de hacerlo. ¡Mire usted que venir a descubrir ahora lo que es Rentería como pueblo que se destaca relevantemente en el orden industrial!

Otro relámpago. Hablaré del desastre causado por las inundaciones. También desisto. ¡Ocuparse de ese gran dolor a estas horas, cuando el río Oyarzun está ya amansado, cohibido y avergonzado de tantas veces como han dicho que iban a ponerle camisa de fuerza para que no haga más locuras...!

Otro relámpago... Van ya tres relámpagos. Esto es una verdadera tempestad cerebral. No doy con un asunto. Eso de coger las cuartillas y la pluma y salirle a uno lo que quiera... ¡Sí, sí!

Decididamente renuncio a mi empeño. No escribo las cuartillas. Pero debo quedar bien con el director de la revista. Tomo una tarjeta de visita y pongo en ella:

«Amigo Federico: Siento no poder cumplir mi promesa. Pégame los dos tiros, Pero pégamelos bien, para no hacerme sufrir, que te perdono. Tu invariable

FIDEL M. URBINA